

“Mar”

Jennifer Rahim

Copyright translation ©2016 Maria Grau Perejoan *et al.* (*vid infra*). This translation may not be archived or redistributed without permission of the story author

Ofrecemos aquí la traducción al español del cuento “Sea” de la autora de Trinidad y Tobago Jennifer Rahim. Este cuento está incluido en la colección Songster and Other Stories, publicada en 2007 por la editorial Peepal Tree Press. (<http://www.peepaltreepress.com/books/songster-and-other-stories>). La publicación de esta traducción ha sido posible gracias a la generosidad de la autora, Jenifer Rahim, así como la de su editorial, Peepal Tree Press, que nos ha cedido los derechos de traducción de esta preciosa historia.

Esta traducción colectiva ha sido realizada por los estudiantes de la asignatura “Traducción I” de cuarto año del grado de Estudios Ingleses de la Universidad de Barcelona con la profesora Maria Grau Perejoan. Los siguientes estudiantes han participado en esta traducción: Asmaa Aaouinti Haris, Heura Abad Estruch, Evelyn Abellaneda Royo, Arianna Burroni, Marta Cardona Vingut, Anna Castillo Arque, Sonia Coady, Maria Codina Nuñez, Georgina Fors Espejo, Míriam Gabarrón Baiges, Júlia Gavalda Miquel, Aroa Gómez Paramo, Arrate Isasi-Isasmendi Landaluze, Víctor Lara Hermoso, Sol Maluenda Draper, Celia Márquez Trinidad, Irene Martín Romero, Maria Martín Martrus, Beatriz Martínez Herrero, Alex Mayans Vinent, Iryna Mazuryk, Karla Mendoza Casella, Elena Milovanova, Gemma Montaner Soler, Alba Montaña Spiers, Claudia Montevocchi, Ingrid Mora Plaza, Carme Morejudo Ortega, Claudia Moreno Hernández, Biel Morro Benejam, Guiu Muns Roura, Cecília Muriscot Geli, Carolina Ortega Palomo, Rut Parella Dilmé, M^a Coloma Pascual Sureda, Yaiza Pastor Domenech, Bárbara Redondo Quesada, Jordi Ribolleda Martinez, Marlene Rivero Bartolomé, Sonia Romero Merlos, Andrea Rovira Munté, Laia Ruiz Arias, Ana M^a Sánchez Manzanares, Fatima Sanneh Tunkara, Iris Serra Martinez, Gisela Sosa Lopez, Clara Terés Arcarons, Carmen Thorburn Rabascall, Marta Torres Lucea y Eva Valenzuela Artero.

Mi hogar es una isla. Es el lugar donde realmente vivo. No el lugar en el que paso dos semanas. No el lugar en el que tanto anhelo estar, sueño en su lengua, intento mantener

vivo. Mi hogar no es algo que lleve conmigo en una maleta como quien carga con un pan *roti*¹, una botella de salsa picante, tarta de coco, pan de fruta que ha sido cortado y congelado, una concha que ha perdido ya la magia que poseía cuando yacía en su hogar, la playa. No. Mi isla es el lugar donde todas estas cosas me acompañan día a día en mayor cantidad de la que pudiese desear; tanto que olvido recordar que son parte del lugar al que llamo hogar.

Mi isla es el lugar en el que despierto por la mañana tras haber dormido toda la noche y haber soñado. No es un mundo en mi cabeza como si se tratara de una fantasía, aunque está siempre ahí, en mi cabeza, y en cada una de las partes de mí. Mi isla vive y corre por mis venas. No es el lugar que deseo dejar atrás por miedo a que mi vida nunca se conozca a sí misma, ya no... Una isla es el tipo de lugar que te arrastra con esa pasión. Imagino que no todo el mundo conoce el infierno que es creer que tu vida solo puede suceder en otro lugar, otro lugar que pueda abarcarte en su inmensidad. Una isla es un sitio que puede conducir fácilmente a sus ciudadanos a igualar inmensidad con compasión o bienvenida. Imagino que no todo el mundo llegaría a creer que un lugar mejor se encuentra en cualquier otra parte.

Mi hogar es un sitio que nunca querría dejar. Ni cuando muera. Es la forma de mi cielo. Es la tierra en la que me alzo. A veces, por lo menos una o dos a la semana, me agacho para sentir mi tierra con mis propias manos, sostengo la tierra viva en mis manos y después la devuelvo, fascinada. Gente a la que quiero mucho (y otros a los que no tanto) viven las horas, los días y los años en sus lugares. Gente a la que quiero mucho (y otros a los que no tanto) están enterrados en su superficie, convirtiéndose en vida de nuevo, para mí, para todos. Lentamente, la vida continúa bajo mis pies y, una vez muera, continuará, mundo sin fin. Mi isla es un lugar con un nombre que es música para mí: el agudo y grave y agudo de su nombre, su sonido de plenitud, la eternidad de su compañía. Cada día que la pronuncio me pregunto su devenir, lloro su muerte, espero su crecida. Mi isla es el sueño que llevo conmigo como una oración sin lenguaje. Es el ritmo en el que me muevo, el sitio donde labrar una vida que vivir, el sueño que muero por vivir; real como el sabor del sudor en mi piel, su pura sal.

Mi isla es un mundo. Hay gente aquí con la grandeza de los árboles, la permanencia de las montañas, con misericordia semejante a las profundidades del mar. He visto en ellos sabios consejos, en sus caras un brillo poco común. A veces, les he visto firmemente unidos, los unos a los otros, hablando posibilidad. Hay un Cielo aquí; justo aquí, los cometas bailan al son de los tambores en esta tierra. Como te lo digo, he visto a mi gente convertirse en Dioses. Mira. Ves. Caen y se levantan de nuevo. Pero esto no lo he tenido siempre claro –que yo estoy en compañía con Dioses–. En algún lugar –quizás en un libro, una canción, durante una conversación o de camino al aeropuerto cuando era pequeña y alguien partía permanentemente hacia Miami o Nueva York o Canadá–, descubrí que una isla no era un lugar donde vivir, sino un lugar del que partir.

Tal vez sea porque las islas son lugares que desaparecen, son engullidas por el mar, o quizás nunca estuvieron allí –invisibles, sociedades dejadas de la mano de Dios–. O tal vez, las islas son lugares que fueron descubiertos de camino a otros lugares donde las

¹ Pan de origen indio que suele acompañar verdura o carne al curri.

cosechas eran mucho mejores, sólo que el descubridor se perdió y tuvo que conformarse con lo que había encontrado; ni la India ni El Dorado, tan sólo pequeños lugares con playas y con nativos no demasiado hostiles que pudieran ser domados o erradicados. (Ésta es una historia familiar). El descubridor no encontró oro, ni especias, sino un sol de justicia. Perfecto para cultivar el azúcar que endulza el té y el cacao para el chocolate que se saborea al tomar el té. Perfecto para utilizar a la gente con el único propósito de hacer posible la comodidad de otros. Las islas, aprendí, son algo por lo que luchar, o que van de un propietario a otro como ropa usada. No siempre tuve claro que las islas fueran mundos reales. Incluso ahora, su autenticidad debe custodiarse, celosamente, como el amor.

Cuando tenía dieciséis años, me subieron a un avión y me enviaron a Nueva York de vacaciones. Cuando vi Nueva York por primera vez, pensé que era un lugar sucio. Eso es lo que recuerdo a día de hoy: viajes en metro donde el aire olía a viejo. Cuando se lo conté a mi primo de la manera más clara que pude (*“el lugar huele a trapos viejos, chico”*) él, que pertenecía a ese sitio, simplemente dijo “¿Tú crees?” y me miró con una sonrisa burlona en su rostro. Mi primo se rió de mí y dijo “Isleña. Me gusta cómo sueñas. Brava, agradable.” Para él, mi lengua era algo entrecortado. Yo solo podía pensar en el mar cuando había viento fuerte. Para él, mi primo de América, mi lengua era el mar. Ni él ni yo conocíamos la magnitud de ese comentario.

Mi hogar está rodeado por las aguas de dos océanos. Uno es más pequeño que el otro: el mar Caribe. El grande es el océano Atlántico. La verdad es que los dos se unieron en matrimonio tiempo ha, y las islas, como la que es mi hogar, son realmente sus hijas, salidas de sus entrañas. Cuando era pequeña temía el mar. Medía poco más de un metro y el mar era tan profundo que ni siquiera los pies de mi padre podían tocar el fondo cuando subía la marea y no había playa. Me quedaba en el rompeolas detrás de casa de mi abuela y llamaba a mi padre para que viniera a por mí y me cogiera. Deseaba disfrutar de su compañía. Mi padre me parecía hermoso, aunque nunca se lo dije. Él era el sol que yo esperaba cuando mi mundo era terrible oscuridad.

Cuando era pequeña, le llamaba para que viniera y me cargara en su espalda hacia lo profundo. Pero nunca venía, solo gritaba desde la distancia, “¡Tírate y nada!”. Cuando era pequeña, tenía miedo de dejar la tierra donde hacía pie, y mi padre no venía a salvarme de aquel lugar. Hasta que un día, mientras me inundaban mis propias lágrimas que eran tan saladas como el gran mar donde mi padre nadaba, mis pies se despidieron de la tierra. Decidí salvarme a mí misma. Me tiré al agua, me zambullí y salí hacia la superficie de nuevo. Mi cuerpo había recordado que el mar era mi comienzo.

A veces, bañarse en el mar se vuelve absolutamente necesario. Es lo que haces cuando perteneces a una isla, un mundo que está rodeado por el mar. Es lo que haces cuando hay alguna desgracia, algo horrible que se aferra a ti y lo quieres limpiar, liberarte para que tu vida pueda comenzar de nuevo. A veces, se vuelve absolutamente necesario ir al mar cuando el día todavía es joven y, cuando llegas allí, pararte ante la inmensa extensión del océano sin nada más que con el ser que te vio nacer. Después de haberte encontrado cara a cara con el agua y haber elogiado su grandeza, debes empezar a entrar en ella, convirtiéndote poco a poco en uno con la bahía que se encuentra ante ti, plana y calma como un espejo. Camina sin mirar la tierra que dejas atrás. Camina hasta que el océano

te envuelva, ahueca las manos y vierte el agua del mar sobre tu cabeza; luego, siéntate en el mar, deja que todo tu ser se sumerja y, después, emerge de nuevo.

Hubo una vez un poeta que se adentró en el mar en la Bahía de Quinam, el mismo mar en el que el perdido y cansado descubridor ancoró su barco. El poeta entró de nuevo en ese momento, el comienzo de su dolor, y nunca volvió – no pudo encontrar la fe para volver a emerger-. Una Historia puede ser así de oscura. El mar todo lo limpia. A veces es necesario comenzar de nuevo tu vida con la bendición del agua salada, hundirse del todo y hacer compañía, un rato, a tu ser de agua, dejar los restos del naufragio de tu vida en la superficie.

El mar que rodea mi isla conoce mi historia. No soy especial. Es la historia de todos los que viven dentro de sus confines y de los que vuelven a casa por vacaciones, o escriben cartas cuando no pueden volver, aunque sea lo que más les gustaría hacer, volver a casa. Comencé con el mar, con personas que llegaron en barcos desde diferentes lugares. (A veces es necesario repetir una historia hasta que una puerta se abre hacia otro comienzo). Aquellos a quienes pertenecían los barcos vinieron principalmente por avaricia o quizás tenían sueños que querían hacer realidad a costa de otras personas. Trajeron a personas desde tierras lejanas a la fuerza para que trabajaran a cambio de nada o muy poco con tal de alimentar esa avaricia. No hay otra explicación.

Por las venas de mi madre corre la sangre de la gente que esclavizó a otra gente y la gente que fue esclavizada. Su padre era un marinero portugués que se ahogó en el mar cuando ella era una niña. Su cuerpo yace en algún lugar en el fondo del Atlántico. Un día miré una película con mi madre sobre un barco que tuvo problemas porque no estaba construido debidamente, pero quienes lo sabían hicieron que pareciera que ese barco estaba listo para el mar. Mucha gente murió por esta mentira. Mi madre lloró y cuando le pregunté el porqué, me dijo que su padre le vino a la mente “de la nada”. Con su usual pragmatismo ella concluyó, “El cerebro es algo curioso” y ahí lo dejó. Su padre murió cuando ella era solo una niña y sabía muy poco de él, pero le quería mucho. Es así de simple.

Una vez mi madre me dijo que Dios escribe derecho con renglones *torcidos*. Era su manera de lidiar con aquellas cosas para las que no tenía explicación, como las maldades que se hacen unos a otros—las tonterías que nosotros mismos hacemos sin ninguna razón aparente—. Mi isla es un lugar que ha causado sufrimiento a mucha gente. Es el hogar que me hace daño y el lugar donde yo hago daño a otras personas. No estoy sola en esto. No hay nada especial en mí. Si aguantas la respiración lo suficiente bajo el agua, puedes oír a los muertos hablando entre ellos. Esto es porque había muchas personas que decidieron, mientras estaban cruzando el océano en barcos como carga humana, que necesitaban, más que nada, un baño en el mar. Así que se alzaron y se tiraron al agua, y sus propios espíritus nadaron de vuelta al hogar que les hicieron abandonar en contra de su voluntad. Mi isla es un hogar que alguna gente no quiso aceptar porque eso hubiera significado perder su propio ser. Un hogar debe ser un sitio donde tú escoges vivir.

Mi abuela vivía al lado del mar. Algunos días, durante las vacaciones de agosto, cuando el mar estaba bravo por razones que solo él conocía, las olas subían las escaleras de atrás y llamaban a su puerta. Metíamos periódicos por debajo para no dejar que entraran.

Queríamos que el mar respetara sus fronteras, pero nunca lo hacía. Aunque el mar era su vecino, mi abuela no era una nadadora nata. Nadaba con la cabeza fuera del agua y agitaba sus brazos rígidos como si fueran remos. Nadaba como alguien que nunca quiere perder de vista la tierra. Cuando no estaba nadando, y mis primos y yo estábamos en el agua, siempre de espaldas a su casa para evitar que nos llamara, ella se quedaba en el patio y daba palmadas fuertes para llamar nuestra atención. Sus pulseras repicaban advirtiéndonos de peligros que no nos preocupaban. Nos habíamos vuelto buenos nadadores.

Poco antes de morir, mi abuela se hizo baptista². Esto preocupó enormemente a algunos miembros de la familia. Parecía que había hecho algo impensable, y en su funeral cayó tal aguacero que un mar entero se posó en su tumba. Algunas personas creen que el mar es la cámara de los muertos. El mar es Guinea. Yo no lo sabía entonces, pero ahora me parece que finalmente el mar tuvo la oportunidad de darle la bienvenida a Guinea. Esto no lo he tenido siempre claro. Mi abuela dedicó su vida entera a buscar un hogar que había perdido, un lugar donde ella nunca había vivido pero que anhelaba, quizás hasta lo soñaba. Lo encontró en una isla, al otro lado del Atlántico, donde su gente sin cadenas había llegado en barcos con África sellada en sus venas. En los meses previos a que cerrara sus ojos, hizo que pintaran su habitación de azul, el color del océano más profundo. Nadie lo pudo entender. En la isla donde nació, ella había encontrado su hogar, su espíritu de perennidad, y en su funeral, Guinea la reclamó como suya. No siempre entendí su fallecimiento de ese modo.

El mar es mi hogar y sus conversaciones no tienen fin, siempre abriendo caminos sin señales y carreteras a incontables lugares. El mar es una lengua que siempre estoy aprendiendo. Su gramática se me presenta lentamente, inesperadamente, como madera viajando a la deriva en lo profundo. Cuando era pequeña y mucho después, la lengua era de las cosas más difíciles. Cuando era pequeña, alguien que se suponía que me quería como si fuese de la familia me robó mi lengua, me dijo que si hablaba ya no sería una niña buena. Sería castigada por el mal que se me había hecho. Creí esa historia. Durante mucho tiempo, era más fácil gritar que hablar. Durante mucho tiempo, mis días no eran más que un silencio al que temía preguntar. Cuando era una niña, mi mundo era un silencio que guardaba sus secretos para sí mismo. Hay franjas de oscuridad que nunca verán la luz en mí. Tras el funeral de mi abuela, visité al hombre que crecí amando como mi abuelo, aunque después descubrí que no lo era.

Él solo era el hombre que se casó con mi abuela y el que la quiso mucho (supongo). Lo descubrí en los días posteriores a la muerte de mi abuela. No lo sabía en ese momento, pero mi padre habló de él mismo a causa del dolor que sintió. Su madre ya no estaba en el mundo para amarle como solo ella sabía. El día que visité a mi abuelo (aunque para entonces ya había descubierto que no era mi abuelo en realidad), conocí a una mujer muy mayor, cubierta, parecía, de los pies a la cabeza con un *orhni*³. Estaba sentada en una *peerha*⁴ en la casa donde había muerto mi abuela. Su nombre era *Ma*, eso es todo lo que me contaron. Esta mujer era la madre de mi abuelo. La vi una vez, aquel día, sentada en

² Religión sincrética afro-caribeña.

³ Pieza típica de la India de algodón fino que cubre la cabeza de las mujeres.

⁴ Tipo de silla de la India generalmente de madera.

el pasillo de la casa de mi abuela, el pasillo que abría al mar por el oeste y a la frenética carretera principal Carenage por el este.

El conocimiento sobre mí misma me llega en fragmentos. Pero esta mujer no era una mujer a la que debería haber amado de ninguna manera especial aunque amé a su hijo como si fuese mi abuelo — pese a que no lo era —. Cuando era pequeña, cada *Eid*⁵, mi padre nos llevaba a St. James para beber *sewaian*⁶ y comer roti en casa de un hombre muy amable y su familia. Este hombre era alguien a quien debería haber amado. Este hombre era alguien que mi abuela una vez amó pero con quien no pudo o quizás no quiso casarse. No tengo clara mi historia. En los días que siguieron a la muerte de mi abuela, nos contó que el hombre que visitamos en *Eid* era realmente su padre. Que el mismísimo nombre que mi padre había pasado a sus hijos no era el suyo. Él murió y yo nunca amé a mi abuelo.

Mi isla es un mundo. No es un lugar en el que sueño estar. Muchas de las cosas que sé y que no sé sobre mí se encuentran entre sus confines. Muchas cosas sobre mí empezaron en otro lugar y continúan aquí. Mi historia es el mar, el vaivén de sus corrientes. Para los demás, es lo mismo. Hay cosas sobre mí, partes de mí que se marchan cada día con personas que hacen de otras tierras sus hogares, personas que aún sueñan en la lengua de los hogares que dejaron, que cruzaron océanos para llegar a otros lugares por motivos que son demasiados para contarlos. Ahora mi hogar está en todas partes, rehaciéndose de formas que podré y no podré reconocer. Mi isla, que es mi hogar, es el lugar que me hirió. Esto no es nada extraño. Me duele profundamente porque todas las cosas y todas las personas que amo están ahí, conmigo, siempre conmigo –incluso cuando, durante mucho tiempo, ya no están aquí–.

Mi isla, en una palabra, es todo lo que amo. Por esta razón, es mi única cura. La eternidad empieza aquí. Mi hogar es una palabra sin fin y sus significados rugen como la llegada de este mar.

⁵ Festividad musulmana que marca el final del Ramadán.

⁶ Postre típico de Eid.